

*Francisca Ramírez Sorensen**

Una reconstrucción histórica basada en datos documentales, arqueológicos y etnográficos de los años 1400 a 1600

El examen cuidadoso de documentos escritos durante el siglo XVI revela una grave disminución en la disponibilidad del agua en el Valle de Tehuacán. Implícita en los documentos está la sugerencia de que dicha condición no sólo se había desarrollado mucho tiempo antes del contacto español, sino que había sido la causa de cambios demográficos que amenazaban la estabilidad de las estructuras políticas existentes. El presente estudio documental, arqueológico y etnográfico resalta la dinámica de las luchas de poder en que se involucraron los españoles durante el siglo XVI y la discutible eficacia de sus esfuerzos para implantar seguridad y estabilidad en la región.

Manuscrito de Tepeteopan

A principios de 1990 una persona no identificada, oriunda de Oaxaca, se acercó al Ayuntamiento para ofrecer al entonces presidente municipal de Tehuacán, Puebla, José Méndez Gómez, la venta de lo que parecía ser un manuscrito muy antiguo. Explicó que el documento había estado en su familia durante varias generaciones, pero sentía que ahora debía regresarse a Tehuacán. El señor Méndez temía perder el documento, así que pagó de su propio bolsillo 20 millones de pesos de aquella época, y más tarde se le reembolsó el gasto tras un acuerdo de cabildo. Mientras tanto, el señor Méndez había buscado quien tradujera al español el documento, escrito en náhuatl.

El trabajo se encargó a dos traductores: Sabino Carrillo Navarro, de Zapotitlán, y el profesor Célsio Abel Osorio Cabrera, del Centro Indigenista de Tehuacán. El 16 de marzo de 1991, fecha en que Tehuacán conmemoraba el 331 aniversario de su elevación a pueblo de indios, los dos traductores y el presidente municipal hicieron formal entrega del documento a los ciudadanos de Tehuacán, para que su custodia quedara en manos del Ayuntamiento, después de que se leyera a la concurrencia el manuscrito, tanto en náhuatl como en español. De esta manera el documento pasó oficialmente de manos privadas al dominio público, infundiendo sentimientos de orgullo y curiosidad a los

* Universidad de Texas. msorensen@houstonisd.org

ciudadanos de Tehuacán, muchos de los cuales se enorgullecen de sus raíces indígenas.

Como resultado de mis investigaciones sobre producción de sal en la región de Zapotitlán —en preparación para la tesis de maestría en antropología— el señor Carrillo y el profesor Osorio me hicieron el honor de obsequiarme una copia del manuscrito y su traducción. Traduje la versión española al inglés y mandé todas las copias al doctor James A. Neely, de la Universidad de Texas en Austin, quien se percató que alguna información traducida no parecía coincidir con la copia del original. Tuve ocasión de hablar con los traductores acerca de las discrepancias y admitieron haber consolidado la información repetida cuando lo consideraban aceptable, pero sin alterar ni el contenido ni su significado. Aunque la decisión de consolidar quizá fuera poco sabia, no tengo ninguna duda acerca de la integridad o corrección de la traducción.

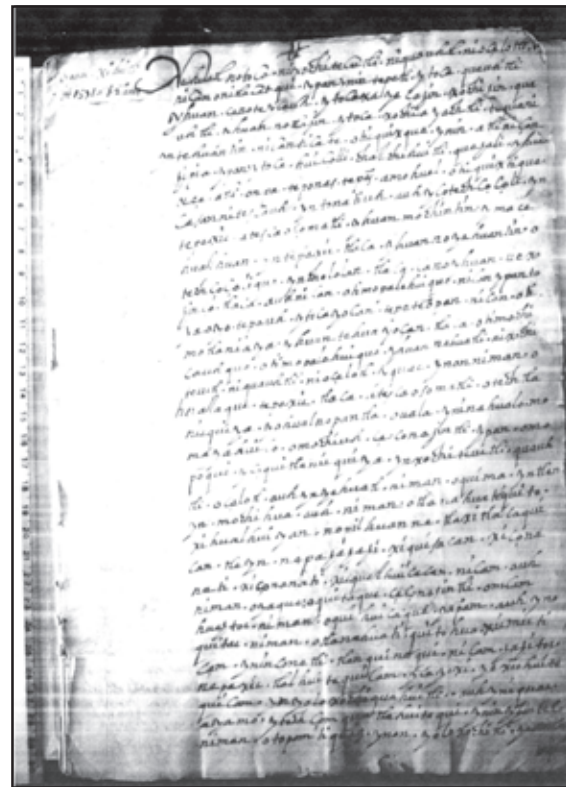
Hemos tomado en cuenta que así como las probanzas de los españoles trataban de comprobar el derecho a ciertas tierras, los títulos mesoamericanos frecuentemente presentaban un punto de vista interesado y partidario del pasado y el presente (Restall, 1998:44). Sin embargo, creemos que vale la pena estudiar este documento escrito o dictado por un hombre que declaraba ser Xochitecuhtli (señor Flor), quien argumenta haber gobernado las tierras de la región en nombre del emperador azteca. Xochitecuhtli no repara en indicar que pertenece a la nobleza azteca y tiene derecho a regir porque pertenece a las órdenes del Águila y del Tigre, los dos cuerpos militares de más alto rango en aquella sociedad. En el primer párrafo menciona el levantamiento de Cholula, Huejotzingo y Tépexi, para añadir que por eso está refugiado en el centro ceremonial de Tépeteopan.

En párrafos posteriores Xochitecuhtli explica cómo se enteró de la llegada de los españoles a esas tierras, dice haber estado entre los jefes que fueron a Xalapa a saludarlos, y que después recibió el bautizo en Tlaxcala, donde recibió el nombre de don José de San Juan Bautista. Más tarde convenció a sus hijos y nietos para que también se bautizaran; sin embargo,

parece que sus hijos fallecieron en la primera epidemia que azotó la región y él mismo muere en 1529, dejando sus tierras en manos de dos nietos.

La segunda parte del manuscrito sigue el formato de anales, dando información discreta de ciertos detalles correspondientes a los años en que sucedieron. La mayoría de entradas tiene que ver con eventos relacionados con las epidemias, la reducción demográfica, las frecuentes decisiones de la corte consolidando a la gente en grupos siempre mayores, y la evidente pérdida de tierras y autoridad.

Hacia finales del siglo XVI se instruyó a la población para que fuera a vivir en la “comunidad” de Tehuacán, donde se esperaba que vivieran en armonía con la gente de otros *altepetlalli* igualmente reducidos, pero se encontraron en vez con desconfianza, riñas y muerte. Algunos miembros de la comunidad se separaron y mudaron para formar parte del nuevo pueblo de Chilac, por ello uno de los cuatro *calpulli* de Chilac lleva el nombre de Tepeteopan.



● Fig. 1 Primera página del Manuscrito Tepeteopan.

Las últimas páginas del documento parecen ser adendas o notas hechas por otra persona; algunas de ellas fueron equivocadamente incorporadas por los traductores a los anales de los años correspondientes, quizá porque durante varios años las entradas esporádicas despedían un cierto sentido de desasosiego que denotaba la pérdida de autoridad, tierras y riquezas.

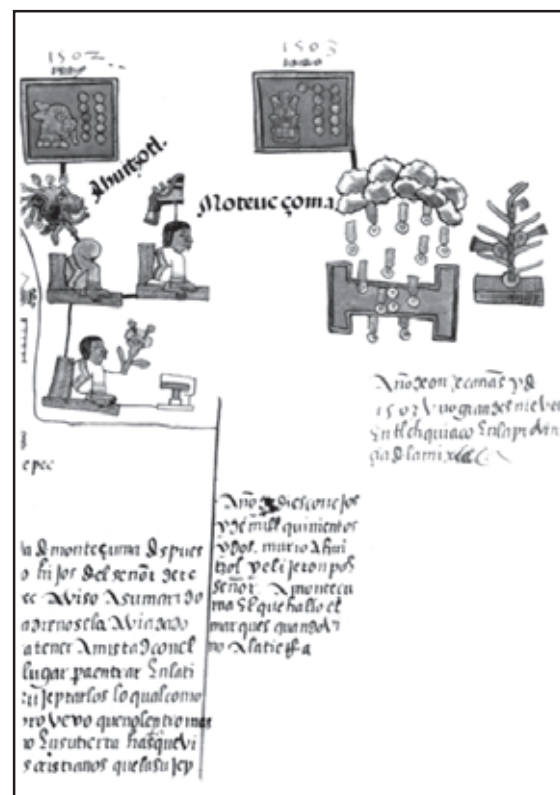
Mucha de la información contenida en este manuscrito se correlaciona bien con datos de otras fuentes primarias como los Anales de Cuauhtinacán, *Anales de Tecamachalco*, el *Códice Telleriano Remensis*, el *Códice Bodley*, diversos documentos del Archivo General de la Nación, el Archivo Notarial de Puebla y archivos en colecciones particulares. En el manuscrito de Tepeteopan Xochitecutli afirma que se sentaba, es decir gobernaba, en 310 bancos (¿caso pueblos?) hasta Panzingo, en el Valle de Tehuacán, y menciona lugares que ahora corresponden a Tepexi y Tlacotepec. El estudio de Klaus Jäcklein acerca de la genealogía de los caciques de Tepexi ofrece una pista muy interesante y tentadora: “el padre de don Gonzalo Moctezuma era un tal Xochitzin Teuctli, casado con doña Maria Moctezuma Mazatzin, hija de Moctezuma Xocoyotzin de Tenochtitlan” (Jäcklein, 1978: 11). El nombre Xochitzin significa “florecita”, el diminutivo puede ser una forma de expresión cariñosa o reverencial. *Teuctli* y *tecutli* son variantes de la misma palabra y significa “señor” o “persona principal”. Por tanto, es razonable pensar que Xochitzin Teuctli y Xochitecutli sean la misma persona; también es razonable considerar el glifo debajo del de Ahuizotl a su muerte en el folio 41r del *Códice Telleriano Remensis*, donde hay un señor que podría ser del linaje de la Casa de Flor.

Reconstrucción histórica de la región de Tehuacán basada en datos documentales, arqueológicos y etnográficos

Si bien resulta un tanto atrevido proponer la reconstrucción histórica de cualquier lugar,

la mayoría de la población tiene mitos y percepciones favorables acerca de sus orígenes.

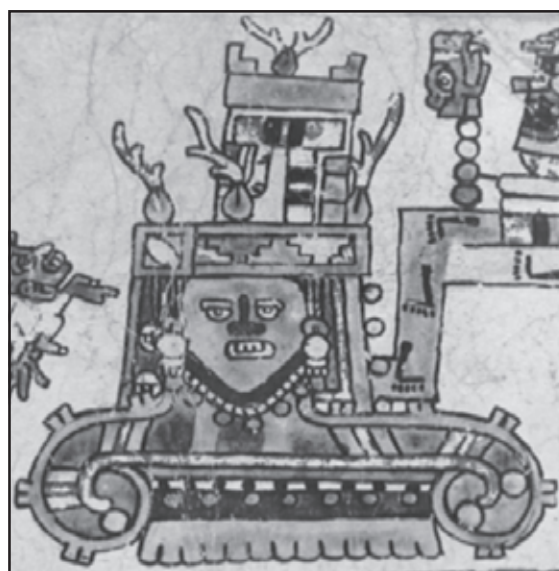
Tehuacán no es la excepción. Ahí el mito más difundido y persistente es que en Tehuacán siempre ha abundado el agua. Algunas versiones incluso dicen que Moctezuma viajaba hasta ahí para recobrar su salud un tanto precaria. Se desconoce el origen de este mito, pero quizá sea resultado de la propaganda para visitar el hotel El Riego a finales del siglo XIX, cuando sí había suficiente agua. En aquel entonces no había quien recordara la gran escasez del líquido sufrida cinco o seis generaciones atrás. Sin embargo, el archivo arqueológico de la región registra claramente agudas fluctuaciones en la disponibilidad de agua, junto con el abandono de varios asentamientos humanos, si bien tales eventos no se han fechado con precisión. Mientras tanto, debemos estudiar los códices a fin de correlacionar eventos mencionados en ellos con los registros arqueológicos, siempre que sea posible. Entre los códices que podrían ayudar a



● Fig. 2 Caballero Flor en el *Códice Telleriano Remensis*.

reconstruir la historia del siglo XV hasta el comienzo de la Colonia están el Bodley, Sánchez Solís (Egerton), Nuttal y Telleriano Remensis. Los archivos y anales de diferentes pueblos también son muy útiles, porque en ellos hay relatos de mucho interés no sólo del siglo XVI, sino de siglos anteriores, como los *Anales de Cuauhtinchan*, Tecamachalco, Acoquiaco y de Tepeteopan. Para concluir con las fuentes primarias están los documentos del Archivo General de la Nación, el Archivo Notarial de Puebla, la iglesia de San Francisco y diversas colecciones particulares. De todos ellos he podido reconstruir lo que parece formar un cuadro histórico plausible, y espero pueda ampliarse con investigaciones posteriores.

El punto de partida consiste en identificar a Tehuacán entre los muchos lugares mencionados en los códices nativos. Como se verá, ofrezco mi propia perspectiva con base en la información de dichos códices, especialmente el Bodley. Al parecer éste es de origen mixteco, o quizás popoloca (Ngigua), y reporta eventos históricos entre los años 692 y 1521. En la página 23-I se menciona un lugar llamado Cerro de la Máscara Preciosa o Cerro de la Máscara de Ehecatl y que probablemente sea Cutah, un cerro a pocos kilómetros de Zapotitlán. Esto tiene eco en la sugerencia de Cansen, quien escribe que la toma del Cerro de la Máscara Preciosa probablemente representaba el comienzo de la expansión de los ñuu dzauí en el Sur de Puebla (Cansen, 2005: 76). En Cutah se encuentra una ciudadela con construcciones del Clásico tardío y el Posclásico temprano a lo largo de su cima, que podría haber sido la sede del cacicazgo de Zapotitlán. Curiosamente, hacia el Poniente, en tierras de Zapotitlan, está la famosa Cueva de Teloxtoc, donde se han encontrado muchas máscaras de diversas calidades y épocas. ¿Será coincidencia que la palabra *cutah* signifique máscara en popoloca, lengua que hablaba la gente de esa región hace 500 años, pero ahora sólo se habla en algunas comunidades pequeñas? Aparentemente el Cerro de la Máscara estaba cerca de lugares llamados Cerro del Jaguar, Sol, Observatorio, Serpiente, Agua-Guerra-Noche y Múltiples Colores.



● Fig. 3 Lugar llamado Máscara (*Códice Bodley*).

Suponiendo que Zapotitlán fuera realmente Máscara, entonces podría decirse que el Cerro del Jaguar pudiera ser Tehuacán (*tecumi* = jaguar y *can* = lugar). La idea no parece tan descabellada cuando se considera que la zona arqueológica de Tehuacán Viejo está en la ladera sureste del Cerro Colorado. Al principio de esta investigación pensé que Observatorio podría haber estado en la cima del Cerro Colorado y, por tanto, ser parte del Cerro del Jaguar. Pero cambié de opinión porque en el *Códice Egerton-Becker*, en su registro genealógico de los señores y señoras del Jaguar, no se incluyen nexos matrimoniales con personas de ese lugar tan constantes como los celebrados con la familia principal del lugar llamado Agua. No fue difícil deducir que las tierras donde se encuentran las mesetas acuíferas de San Lorenzo y El Riego, al Oeste del Cerro del Jaguar, pudieran ser Agua, pues así lo indican los restos de muros arriba del manantial de El Riego, fechados para el Clásico tardío o el Posclásico temprano y que muestran ser de un pueblo relativamente sofisticado.

Otra contradicción para que Observatorio estuviese en el Cerro Colorado es que los códices a veces mencionan a cierto individuo como señor de Máscara, Observatorio, Cuentas de Oro y Serpiente, por lo que sería muy difícil conside-



● Fig. 4 Cerro del Jaguar (Códice Egerton-Becker).

rar que Observatorio perteneciese al cacicazgo de Máscara y no al de Jaguar; por tanto, Observatorio tendría que estar en otro lugar.

La respuesta no se hizo esperar mucho, pues en 2000, durante un reconocimiento de campo realizado con el doctor Neely, descubrimos unos petroglifos tallados en un depósito de travertino en el escarpado que mira hacia la Sierra Madre Oriental y la porción Este del valle de Tehuacán; arriba del escarpado, en la terraza, encontramos los restos de un gran canal fosilizado, y debido a que ambos vestigios están al sureste de San Marcos Necoxtla pensamos que se trataba del nombre de la comunidad. Aunque están muy erosionados, en uno pueden apreciarse varios círculos concéntricos que recuerdan los símbolos utilizados para detectar el movimiento de la Luna y el Sol en Chaco Canyon y otros lugares del suroeste de Estados Unidos, según reportes de estudiosos de la arqueoastronomía como Brotherston (1981: 175).

¿Se habrán usado estos petroglifos de igual manera? Si así fuere, San Marcos Necoxtla fue el sitio llamado Observatorio. No hay ninguna duda de que San Marcos fue parte del cacicazgo de Zapotitlán durante la Colonia (AGN, Tierras, vol. 652), y al identificar Observatorio se resuelve la identidad del lugar llamado Serpien-



● Fig. 5 Agua Guerra Noche (Códice Egerton-Becker).

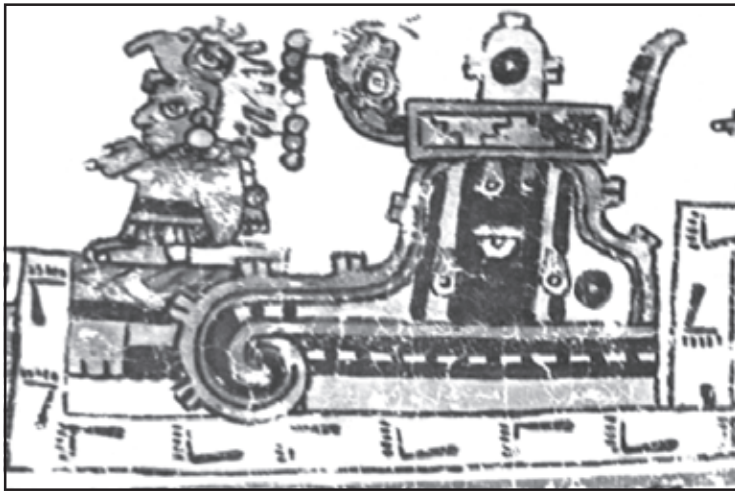
te, mencionado con frecuencia junto con Observatorio: Coapan (*coatl* = serpiente y *pan* = lugar de). Este pueblo está tan cerca que sigue llevando agua a San Marcos como ha hecho durante siglos, y como evidencia tenemos los rastros de un canal que pasaba por encima del pozo prehistórico (Caran *et al.*, 1995).

Finales del siglo xv

Como ya señalamos, el *Códice Egerton-Becker* es genealógico: representa a 26 generaciones de señores del Cerro del Jaguar junto con sus cónyuges. Aunque las pinturas incluyen a sus hijos y sus cónyuges, no aporta datos de eventos, lo que dificulta una reconstrucción histórica que sólo puede hacerse a partir de la correlación con otras referencias primarias. En este escrito me enfoco en los vigésimo sextos señores, cuyos identificadores fueron borrados a propósito de



● Fig. 6 Petroglifo con orientación hacia el Oriente, ubicado en el acantilado de la terraza de San Marcos Necoxtla.



● Fig. 7 Lugar llamado Observatorio (*Códice Bodley*).

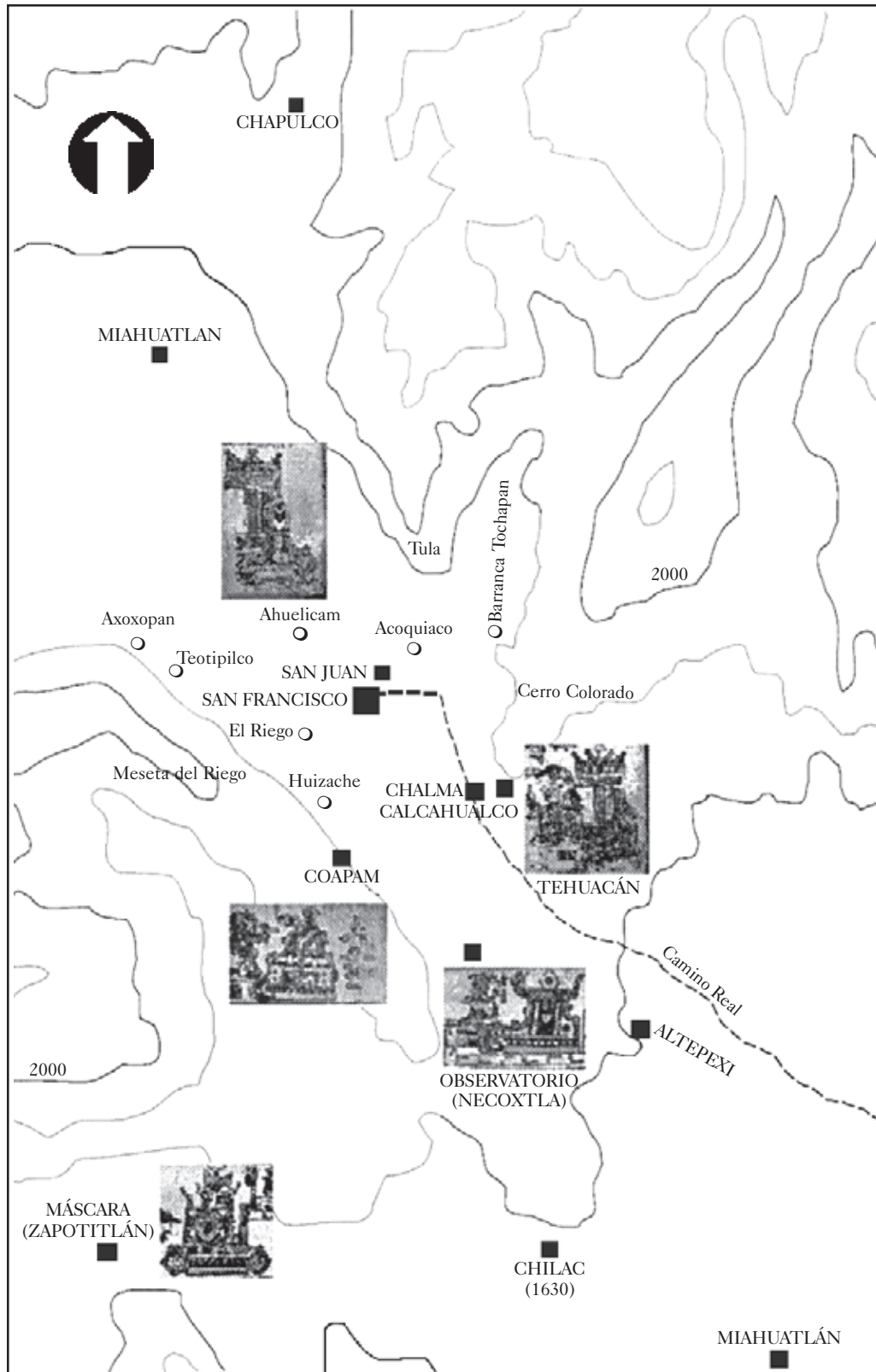
la página en que se habían pintado, dejando solamente la pequeña pintura de un cerro verde del que mana agua azul oscura. En lo profundo del cerro el agua tiene ojos, como diciendo que fluía en la noche o en la oscuridad. No es posible determinar quién venía del lugar Agua-Guerra-Noche, si el señor o la señora del Cerro del Jaguar (*Códice Egerton-Becker*). Lo que sí es seguro es que conjuntamente, como habían hecho sus predecesores, en vísperas de la Colonia regían Jaguar y Agua.

¿Quién borró a estos personajes y por qué? La intención pudo haber sido reponerlos con los de un señor conquistador, quizá Xochitecuh-

tli, autor de la primera parte del manuscrito de Tepeteopan. Sugiero además que él era un gobernante azteca impuesto para sojuzgar y asegurar el territorio que se había conquistado, ya sea por Axayacatl —quien sometió a Tepeaca, Cuauhtinchán y Tecamachalco (Reyes García, 1988: 17, 42-47)— o su sucesor Tizoc, quien mandó matar a todos en Zinacatepec (Quiñones Keber, 1994: 80) en 1484 como muestra de poder y falta de clemencia. De acuerdo con el *Códice Bodley* (22. III) la Señora 1 Serpiente Quetzales provenía del Cerro del Murciélago (Zinacatepec) y fue la segunda esposa del Señor 8 Hierba Tlaloc Sol de Observatorio/Serpiente y Máscara, quien aún vivía en 1521. La masacre debe haber enemistado a Zapotitlán, Necoxtla y Coapan con pasión singular y perdurable. Esta conexión azteca tepexana parece corroborarse con lo señalado por Paredes Colín (1910:26): “el primer lugar que ocupó nuestra ciudad, fue donde hoy esta el pueblo de Coapan, Tierra de víboras. La población dice, era numerosa; pero sea por su buena índole. O por que su número fuera inferior al de otros

pueblos, lo cierto es que los pobres coapenses eran frecuentemente víctimas de las depredaciones de los vecinos del pueblo de Tepexic o Tepeji, que entonces eran temibles por su valor y sus instintos sanguinarios”.

El texto citado proviene de un manuscrito del siglo XVI, propiedad de don Ambrosio del Moral y escrito por el fraile carmelita Francisco Ugalde. A pesar de la manera indirecta en que el señor Paredes adquirió la información, es interesante notar que Tepexi era considerado un enemigo formidable entre los habitantes del territorio del actual Tehuacán (¿Agua?). Probablemente Coapan haya sido neutral, algunas



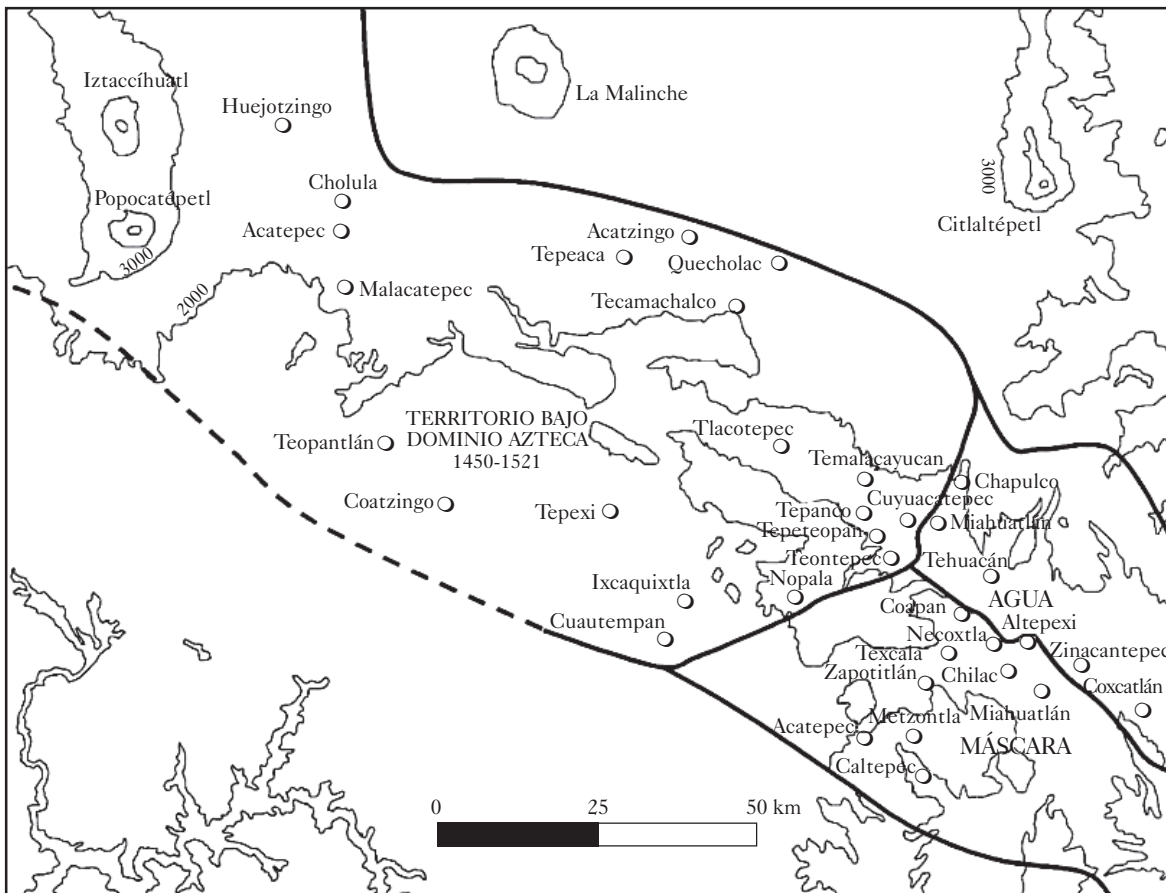
● Fig. 8 Mapa con la posible ubicación del Cerro del Jaguar, Agua-Guerra-Noche y demás lugares mencionados.

veces aliada de Agua y otras de Observatorio, lo cual dependía de las alianzas matrimoniales de sus jerarcas, y los lazos seguían siendo estrechos: Coapan recibía agua del manantial de El Riego y daba mantenimiento a su canal, mientras de su manantial El Huizache aportaba el líquido a San Marcos Necoxtla.

Al incursionar en la región Axayacatl, gobernante azteca de Tenochtitlan entre 1472 y 1483, destituyó de sus tierras a los caciques locales y las repartió entre sus seguidores (Reyes García, 1988: 72-75). A su muerte, Tizoc siguió con las avanzadas hacia Oaxaca y pasó por el Valle de Tehuacan, donde dio la orden de matar a toda la población de Zinacatepec. Es muy probable que durante el reinado de Tizoc se intensificaran las odiadas “guerras floridas” con Huejotzingo; en todo caso, fue durante el reinado de Ahuizotl que uno de los señores de Huejotzingo

fue sacrificado, ostensiblemente para provocar otra “guerra florida”. Las tensiones, de por sí violentas, se agravaron más cuando Ahuizotl, después de un esfuerzo desastroso para llevar agua de Coyoacán a Tenochtitlan, cayó en un estado de depresión que duró muchos años (Durán, 1964: 210). El poder vacío le presentó una oportunidad perfecta a todo señor descontento que quisiera sacudirse el yugo del odiado amo. Xochitecuhtli comenta que Tepexi lo desafió, ayudado por Huejotzingo y Cholula (“Manuscrito de Tepeteopan”: 1). ¿Acaso los señores descontentos de Cholula y Huejotzingo brindaron ayuda a un hijo ambicioso del noble de Tepexi, quien se refugió en su centro ceremonial de Tepeteopan y se reforzó con los de Tehuacán?

Cuando Ahuizotl murió en 1502 se declaró *Huey Tlatoani* a Moctezuma Xocoyotzin. Xochitecuhtli no perdió la oportunidad para presen-



● Fig. 9 Mapa del territorio al sureste de los volcanes, supuestamente bajo dominio azteca entre 1450 y 1521.

tar su caso ante Moctezuma, su suegro, esperando le reparara los daños cometidos por su propio hijo. Moctezuma, por motivos propios, parece haber resuelto el problema dividiendo el territorio en dos partes: Tepexi y sus tierras para su nieto Mazatzin Moctezuma Teuctli, mientras Xochitecuhtli recibió las que van desde Cacaloapan hasta Atzompa, en el Valle de Tehuacán, pasando sin duda por San Lorenzo, El Riego y Tetizintla. La reducción en tierras y poder debió haber sido desagradable para Xochitecuhtli, quien no tuvo más opción que aceptar la decisión con ecuanimidad. Pero los documentos de la familia Romero indican que no todos en la familia Xochitl estaban a gusto con esta división, ya que después de la Conquista las tierras entre Tepexi, Tepeteopan y demás regiones eran continuamente reclamadas en las cortes por diferentes miembros de la familia Xochitl bajo sus apellidos de bautizo: Juárez, San Francisco, Cortés y San Juan (Colección Romero Igual).

Aunque la gente de Tehuacán hubiese ayudado a Xochitecuhtli en su lucha defensiva contra Tepexi, Huejotzingo y Cholula no podían haber estado satisfechos, tras perder las tierras de Agua-Guerra-Noche, llegadas a ellos por medio del matrimonio con su vigésimo sexto heredero/a al trono. Es muy probable que sea esta la guerra mencionada en el Manuscrito de Acoquiaco, cuando se dice que “Tehuacán se defendió contra los aztecas con *xocotamales*”. Si es así, entonces Xochitecuhtli hubiera tenido que comprobar su derecho a esas tierras cuando los españoles impusieron sus leyes y dominio, lo cual sería un motivo suficiente para borrar su nombre e intentar imponer al vigésimo sexto señor en el *Códice Egerton-Becker*. Sin embargo, a pesar de su nombre, los terrenos de Agua recién adquiridos debieron ser bastante áridos, pues hay indicios de que en esa época había una grave reducción en el nivel de agua en toda la región (Ramírez Sorensen, 1995: 27), y al parecer sólo fluía el manantial de Axoxopan, pero el rumbo normal de sus aguas era hacia al Sur-sureste, o sea hacia Coapan, por lo que el llano al Oriente y al Norte habría permanecido seco y baldío.

El siglo XVI

La noticia de la llegada de los españoles a la costa cautivó la atención de Xochitecuhtli y fue a conocer al capitán en Xalapa. Sería imposible determinar sus intenciones: una mera curiosidad o el percibir la oportunidad para vengar la ofensa que Moctezuma le había propinado al reducir la extensión de sus dominios. Sea cual fuere, en el año 3 Conejo (1521) viajó a Tlaxcala donde recibió el bautizo cristiano y su nuevo nombre: don José de San Juan [Bautista] (“Manuscrito de Tepeteopan”: 8-9). ¿Habría sido antes o después de la caída de Tenochtitlan?

Imaginemos las vejaciones y humillaciones que debió soportar Xochitecuhtli a la caída de Moctezuma. Su propio poder, a través de los emperadores tenochcas, lo había hecho un intruso mal querido en las tierras donde vivió la mayor parte de su vida, y mientras la guerra destruía Tenochtitlan, los verdaderos dueños reclamaban las tierras que había recibido de Moctezuma. Xochitecuhtli no tenía ni amigos ni aliados en quien recaer, en su soledad don José supo abstenerse de mencionar las guerras de conquista, su dolor ante la caída de Tenochtitlán y la muerte de Moctezuma. Da la impresión de haberse entregado totalmente al cristianismo, construyendo capillas e iglesias para la gloria de Dios. Al año siguiente invitó al “Señor marques, capitán Cortes a visitarlo y ser testigo del bautismo de sus hijos: don Francisco Juárez de San Juan y don Nicolás Bautista de San Bartolomé”. Pero el visitante parece haber dudado de las intenciones del anterior jefe supremo hacia los aztecas y declinó subir al centro ceremonial, contentándose con solo mirar a los danzantes en la plaza (*ibidem*: 7).

Las cosas no parecen haber salido bien para don José: sus hijos murieron a consecuencia de la gran epidemia de 1521, poco después de sus bautizos, y en 1528, declarándose cansado y triste por los cambios, él también murió, dejando su cacicazgo a dos nietos: don Baltasar de San Juan se encargó de la región de Tehuacán, y don Martín Juárez Cortés de San Juan gobernó el área de Tepanco, Coayucatepec y San Luis Temalacayucan (*ibidem*: 11).

A pesar de la nueva fe y el nuevo orden la vida parece haberse dificultado aún más: en 1529 don Baltasar, fiscal de la iglesia mayor y alcalde ordinario, reportó otra gran epidemia en la que murieron tantos hijos que debió abandonarse el pueblo y formar uno mayor en San Juan (¿Tepanco?). Reporta haberse llevado al santo y a su “respetable mamacita, Santa Maria Concepción” (*ibidem*: 12). Tres años más tarde comenzaron a llegar a Tehuacán los primeros frailes franciscanos. Bautizaron a su jefe, don Hernando, junto con sus vasallos y comenzaron a edificar una iglesia y su convento. Los frailes habían escogido establecerse entre los enemigos de don Baltasar, a pesar de que su abuelo había construido muchas capillas y bautizado a toda su familia diez años atrás. Sin embargo, tras la decisión de los frailes había cuando menos tres razones: la tierra llamada Agua o Nagadad (¿en popoloca?) no era más que un terreno baldío y de propiedad discutible; Chalma, en tierras de Tehuacán, recibía un poco de agua de Acoquiaco, y los frailes se sentían más seguros entre gente que nunca había sido aliada de los aztecas.

Esta última razón parece confirmarse, pues repentinamente aparece en la documentación un tal don Nicolás de Santiago, quien se dice cacique de las tierras de San Lorenzo y San Nicolás Tetizintla (Archivo Notarial de Puebla, Tehuacán, 1579). Dicen que era de Tlaxcala y que lo había mandado la Audiencia para mitigar animosidades entre don Hernando de Tehuacán y don Baltasar. Don José había entregado las tierras a Hernán Cortés (como parece haber sido a costumbre siempre que había nuevo *tlatonani*) y él, a su vez, se la entregó al rey de España. Tal vez el nuevo presidente de la Audiencia consideraba prudente entregar esas tierras a alguien de gran reconocimiento, neutral en asuntos locales y leal a la corona.

Mediados del siglo XVI

La cuarta y quinta década del siglo XVI se caracterizan por las migraciones hacia el valle y el abandono de tierras debido a las epidemias, en

que moría tanta gente. En 1540 Motolinía reportaba que cuatro de cada cinco caballerías estaban desaprovechadas (Motolinía, 1969: 213). Algunas personas hacían reclamos de tierras que jamás habían tenido, pero resulta difícil saber cuántas tuvieron éxito. Otras tierras, como hemos visto, fueron tema de varios litigios y muchas otras simplemente fueron colonizadas por caciques que las reclamaban —como en el caso de Atzompa y media Chiapa (canal) que hizo don Baltasar en 1536 (“Manuscrito de Tepetopan”: 21). En San Juan Tepanco el agua nunca ha sido muy abundante y el traslado de población pudo haber aliviado la sobrecarga y a la vez proteger el manantial para el cacicazgo de Atzompa. Quizás el nombre Altepexi pegado al manantial de Atzompa sea una simple coincidencia; sin embargo, ¿acaso lo es también que el cuarto calpulli de Chilac se llame Tepetopan? Es mucho más probable que ambos nombres correspondan a migraciones por parte del cacicazgo del difunto Xochitecutli, como indican algunos datos etnográficos.

El *Códice Telleriano-Remensis* reporta un fuerte terremoto en 1537. En la glosa que lo acompaña el escribano comenta que fue el más intenso que jamás había sentido en esa tierra, agregando que a través de su vida había sentido muchos. Se cree que este código fue pintado en la región y que el escritor de las glosas era el dominicano Pedro del Río, quien servía en Oaxaca cuando ocurrió el sismo (Quiñónez Keber, 1994: 228). Tehuacán se ubica entre Puebla y Oaxaca, así que el temblor también debió sentirse ahí. Es más, debió provocar cambios subterráneos porque a los pocos años empezó a mencionarse el agua en los documentos legales: primero en el valle y posteriormente, a finales del siglo, en tierras más elevadas, pero no antes de que empeorara la situación política y social en toda la región.

Entre 1540 y 1559 los gobernantes de Tehuacán dieron muestras de creciente agresividad hacia sus vecinos. Tal vez se hayan sentido protegidos y favorecidos por la presencia eclesiástica entre ellos, o estaban dando rienda suelta a sus frustraciones al ver que la población se reducía aún más por la segunda pandemia del si-

glo. La continua insuficiencia de agua y trabajadores para la producción de alimentos debe haber sido verdaderamente exasperante. Sin embargo, no mejoró la situación cuando el gobernador de Tehuacán, don Hernando, el alcalde, Juan Amolacatl y el recolector de impuestos, Diego Esteban, quisieron esclavizar a los popolocas de San Bartolomé y San Juan (“Manuscrito de Tepeteopan”: 13). Naturalmente, ni don Baltasar ni don Martín podían tolerar tal afrenta y ello provocó repetidas escaramuzas entre los dos cacicazgos.

Tehuacán también provocó la discordia con Zapotitlan al invadir tierras que pertenecían a su vecino; este comportamiento agresivo llegó a oídos del rey en España, quien mandó un representante de la corte a resolver el problema en 1545 (AGN, Tierras, 652, 129v), lo cual sucedió cuando se obligó a los caciques a sostener simultáneamente una cuerda mientras bajaban el Ocelotepetl, delineando así la trayectoria que llevaría el canal de irrigación que excavaba su gente, mientras los testigos observaban. En esta ceremonia estaba implícito que el canal serviría a ambos cacicazgos y logró reestablecerse una relación pacífica con Zapotitlan, pero aún quedaba el problema de los supuestos esclavos popolocas de Tepeteopan. El virrey de Velasco ordenó que Amolacatl fuese llevado a México, donde fue arrestado, mientras don Hernando solamente fue amonestado contra tratar de esclavizar a nadie.

Finales del siglo XVI

El censo de 1566 arrojó datos que obligaron a desintegrar varias entidades políticas en toda la región. Era inevitable que algunos cacicazgos perdiesen territorios, y a Tepeteopan le tocó perder la autoridad sobre Coayucatepec y Xonacatepec. A la gente de Tehuacán se le ordenó trasladarse a un nuevo sitio y los monjes debieron abandonar el convento, disponiéndose a partir apresuradamente; sin embargo, lejos de obedecer las instrucciones, los “tehuacanos” tomaron como rehén a un monje y lo forzaron a

vivir en el convento durante varios años (Torquemada, 1969: 326).

En todo el valle seguían los problemas por falta de agua. En 1575 Zapotitlán y Coixtlahuaca entablaron un litigio por Xiquila, una porción de terreno en el sureste del valle, donde al parecer el agua había comenzado a fluir de nuevo. Los macehuales, que creían pertenecer al cacicazgo de Zapotitlán, se habían quedado de que españoles e indios de Coixtlahuaca los atacaban con frecuencia, y a veces hasta mataban a la gente. Ambos grupos los amedrentaban al decirles que las tierras eran suyas y debían trabajar para ellos y pagar impuestos. De nueva cuenta la corona ordenó a la corte resolver este problema. Si bien cuando terminaron las investigaciones Zapotitlán recibió la custodia del pueblo, don Martín, su gobernador, no pudo asistir a la ceremonia de entrega porque fue arrestado en Tecamachalco durante la boda de una de sus hijas (Celestino Solís, 1992: 148).

Unos años antes, en 1571, don Baltasar mandó construir una iglesia en Alhuelicam (“Manuscrito de Tepeteopan”: 15), un importante manantial de Tetizintla, ya que entre los indígenas de la región era costumbre construir iglesias o capillas cerca de manantiales como agradecimiento al ser supremo. Por tanto, podemos pensar que el manantial había empezado a fluir nuevamente, y según don Baltasar Tehuacán quedaría cerca de ese punto. Pero un tercer episodio de epidemia devastadora arrasó la tierra otra vez y todos los planes se vinieron abajo. Mas tarde, en 1579, la gente de Acoquiaco pidió permiso a la corte para llevar agua desde Tetizintla (“Manuscrito de Acoquiaco”: 3). No sólo le dieron permiso, también se decidió supervisar el traslado de la gente de Tehuacán/Chalma a su nuevo sitio. Esta vez no hubo discusión porque sólo quedaban 300 personas en el pueblo, así que sacaron al fraile de su prisión y se mudaron a las inmediaciones de Acoquiaco (Torquemada, 1969: 327).

Los sobrevivientes de diferentes localidades comenzaron a congregarse en el nuevo pueblo, algunos por gusto, pero la mayoría por órdenes de la corte; de cualquier manera que se congregaran, los nuevos habitantes comenzaron la

construcción de un convento e iglesia que al parecer se vino abajo por otro fuerte terremoto en 1582 (Cruz Montalvo, 1993: III); sin embargo, la reconstrucción del convento con iglesia se emprendió de inmediato y aún puede verse en el centro de Tehuacán.

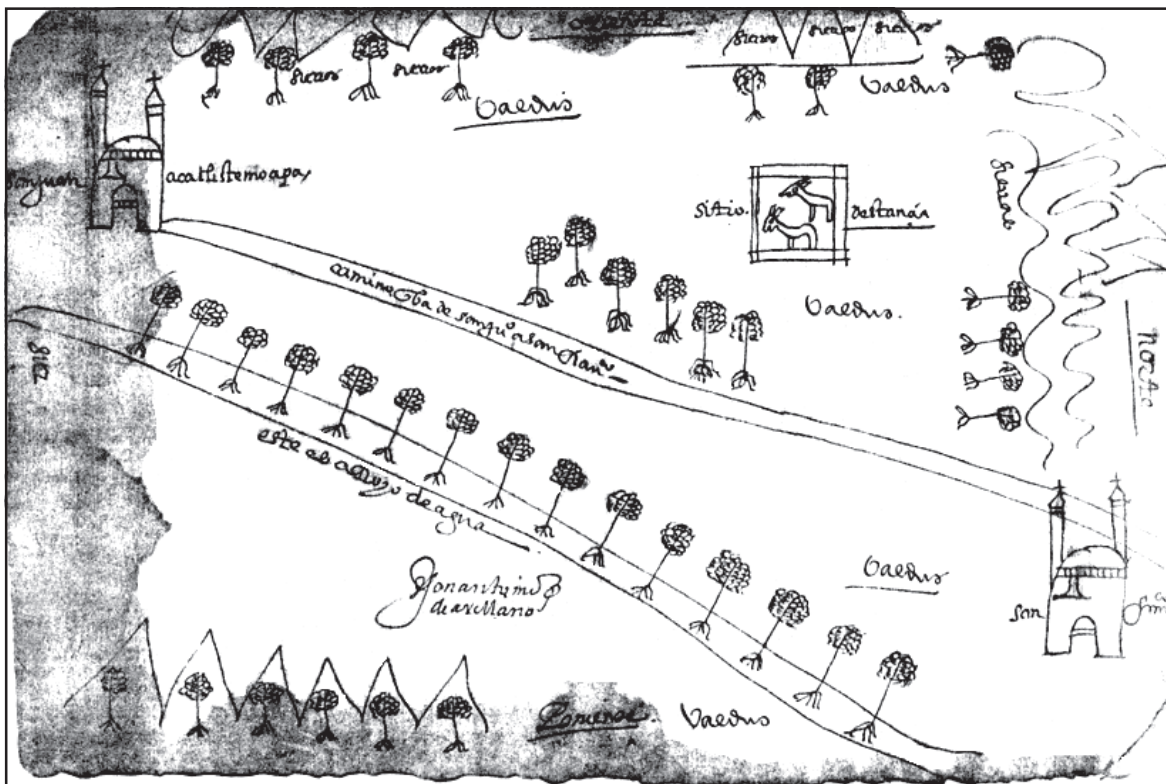
El nuevo pueblo constituía una “comunidad”, y entre los primeros documentos de la época destaca un fragmento interesantísimo del libro de cuentas que llevaban los frailes, el cual inicia con un “descargo de la plana anterior”, indicativo de que para 1586 la orden ya estaba bien establecida (Cruz Montalvo: 1).

Vale mencionar aquí que hasta 1575 no parece haber rastros de mucha gente europea, tan sólo ocasionalmente se menciona la llegada de visitantes como Motolinía, fray Martín de Valencia, jueces ambulantes, representantes de la corona con sus debidos escribanos y, de vez en cuando, el encomendero de algún pueblo. Después de fundada la comunidad de Tehuacán hay un claro cambio, pues aun cuando los virreyes habían tratado de poblar la región con es-

pañoles prometiéndoles mercedes de tierra, sólo algunos se quedaban. Sin embargo, aunque pocas y dispersas en toda la región algunas familias decidían quedarse a forjar su patrimonio. Quizá haya influido la estabilidad ofrecida por la presencia de un notario público, nombrado por la corona para atender problemas legales. Pero consideramos más probable que la reciente disponibilidad de agua los convenció de avecindarse.

Cosme Tuesta permaneció en su puesto de notario público al menos veinte años. Puede no haber sido peninsular porque hablaba nahuatl muy bien, y parece haber estado muy tranquilo y a gusto entre los nativos y sus costumbres. Como se verá mas adelante, ellos le tenían muchísima confianza y viajaban largas distancias para que les escribiera sus cartas al rey quejándose de los españoles (ANP, Tehuacan, 1582).

No obstante, la evidencia parece indicar que la comunidad fue un terrible fracaso, lo cual no es de sorprender porque se esperaba que gente de diversos grupos antagónicos viviese en la



● Fig. 10 Mapa de Tehuacán en 1593 (AGN, Tierras. 11593.2750 Exp. 2F, Cat. 2009).

misma comunidad en perfecta armonía y bajo los auspicios benevolentes de un jefe religioso que apenas los conocía. La productividad en todas las áreas, que apenas había empezado a desarrollarse después de la última epidemia que dejó gran desolación, al final quedó paralizada y afectó a la economía con singular fuerza. La comunidad siempre estaba atrasada con el diezmo que debía pagarse a la catedral de Los Ángeles (Puebla), mientras las rencillas entre los pueblos se revivían constantemente. Los castigos por crímenes eran severos no sólo para el ofensor, sino para su familia, y como ejemplo baste la siguiente anécdota. Con la excusa de gran indignación religiosa y legal, don Diego Hernando ordenó se rasurara públicamente a ‘Margarita’, para luego colgar, golpear y torturar a su marido hasta que ya no podía hablar; el motivo fue que su abuelo había tratado de vender cien vasallos. El anciano, sabiendo que se lo llevarían a México, murió de vergüenza a los cuatro días (“Manuscrito de Tepeteopan”: 16).

Para don Baltasar, o quizás su hijo —porque en 1610 hubiera tenido alrededor de cien años de edad—, esta situación fue demasiado. Fue a la ciudad de México a pedir permiso a las autoridades para retirar a su gente de la comunidad y regresar a San Bartolomé, a lo quedara. Su argumento fue que “no se hallaban, porque aquí [Tehuacan] se mataban mucho los vasallos...” (*ibidem*: 17).

Por los documentos que escribió Cosme de Tuesta como notario público es evidente que hacia 1582 un pequeño número de familias se había hecho de grandes extensiones de terrenos para cultivo o pastura: estaban los gemelos Alonso Prieto Bonylla y Álvaro Alonso Prieto, que cuando llegaron a la madurez (ANP, 1582) su padre los emancipó pagándoles y entregándoles muchas tierras que habían pertenecido a su difunta esposa. Él admite ser español, pero su mujer debió haber sido mujer principal, posiblemente de la casa real de Agua o de Tehuacán (curiosamente, en el *Códice Egerton-Becker* II muchos de los regentes son gemelos) porque los terrenos están entre San Lorenzo y la iglesia de San Francisco. Un mapa de 1591 los identifica como “tierra de los indios Prieto

Bonylla” (Meade de Angulo, 1989: 17). El mapa resulta ser un dato que confirma su herencia indígena de manera más concreta. En gran parte de esa región, entonces como ahora, las mujeres podían tener propiedades independientemente de sus maridos. Es más, cada vez que ella necesitaba que su marido hiciera algunas transacciones a favor de sus propiedades, debía conseguir el permiso legal de su esposa para poderlas llevar a cabo (ANP, 1582-1640).

Un ejemplo de los derechos pecuniarios de la mujer puede verse en el importante caso de los Briceño, dueños de las minas de plata de San Ignacio, al Norte del Cerro Colorado. Uno de los dos hermanos parece haber sido un calavera casado con María Bonylla Prieto, de Tehuacán, tuvo algunos problemas en la ciudad de México y fue acusado de matar a dos hombres, por lo que fue apresado y luego puesto en el galeón a Sevilla para apelar su caso ante el rey. Sin embargo, éste le rehusó la clemencia ordenándole regresar a Tehuacán, divorciar a María y devolverle su dote antes de completar su sentencia en el exilio en las islas Filipinas (*ibidem*).

La tercera familia importante de la época estaba formada por don Juan Pacheco de Zapotitlan, sus dos hijas y sus cónyuges. Doña Ana Pacheco y su esposo Francisco de Arizmendi tenían terrenos que iban desde Tehuacan, pasando por Chalma, hasta San Marcos Necoxtla; mientras su hermana doña Melchora y su esposo poseían tierras cerca de Santiago Miahuatlán y Coayucatepec, en un rancho llamado El Carnero. Una cuarta familia importante y acaudalada fue la de Cosme de Tuesta, cuyas tres hijas se casaron con hombres prominentes. Doña Mariana de Tuesta, la mayor, se casó con el general Juan del Castillo, quien supervisaba para la corona toda la producción de sal en la región.

Un detalle evidente en los documentos citados es que al nombre de la mayoría de las mujeres le sigue el título nobiliario ‘doña’, mientras los hombres, en muchos casos españoles, simplemente llevan su nombre. Esto parece indicar que mujeres de la nobleza indígena, con derechos a heredar, se casaban con españoles que se convertían en ricos e importantes dirigentes de la comunidad. Así es como la trans-

ferencia del poder comenzaba a pasar de indígenas a españoles, pero aún en manos de los caciques: un nuevo orden había comenzado.

Aunque era muy bueno tener grandes extensiones de tierras con agua, continuaba el problema de mano de obra para trabajarlas, llevar el producto a los mercados y emprender empresas industriales. Había tan poca gente que fue motivo de una verdadera crisis económica en Nueva España: la corona española necesitaba ingresos, la iglesia necesitaba diezmos (*ibidem*) y los encomenderos peleaban en las cortes para retener las tierras de sus padres. Pero, ¿quién había para trabajar las tierras y cuidar los ganados mayores o menores? Los españoles pugnanaban por los ‘repartimientos’ que les permitirían juntar a las poblaciones indígenas necesarias para trabajar sus tierras sin importar las distancias; no hace falta decir que esto era inaceptable para los caciques, que se quedarían sin los deberes feudales de sus vasallos. Entre 1587 y 1594 Cosme de Tuesta escribió y puso su sello de notario en cartas dirigidas a Felipe II por los principales de Tehuacán, Zapotitlán y Tepexi: todos ellos se quejaban amargamente del comportamiento de los españoles y su desacuerdo con que se les quitaran vasallos de sus terrenos para trabajar y servir en otros lugares (*ibidem*).

En el transcurso del siglo XVI se habían importado esclavos de África a la Nueva España, y hay mención de ello en la región de Tehuacán, pero en muy pequeña escala y la documentación parece indicar que los esclavos negros y *macehuales* de las haciendas se mezclaban bastante, aun cuando sus hijos no parecen haber nacido en la esclavitud. Es más, la manumisión parece haber sido más la norma que una excepción en Tehuacán.

Principios del siglo XVII

Durante la primera parte del siglo XVII muchas tierras en la región de Tehuacán, desde Zongolica en la Sierra hasta Tecamachalco, fueron decomisadas por la iglesia cuando se hacía muy difícil pagar el diezmo. Otra manera de pasar tierras a manos de la iglesia fue por medio de la

donación de bienes, como podrá verse en el siguiente ejemplo. Juan del Castillo y Mariana de Tuesta no habían tenido hijos, pero eran “católicos por los cuatro lados, siendo de sangre limpia sin mancha de raza judía o mora acordamos ceder nuestros bienes terrenales a la sagrada Compañía de Jesús para que se pueda fundar un colegio en la ciudad de Puebla de los Ángeles con ellos” (Reyes García: 1988).

Entre sus bienes terrenales dan cuenta de 29 000 cabezas de ganado mayor y menor en Zongolica, 37 estancias de cultivo más tierras en los valles de Tehuacán y Tecamachalco (Aguirre Beltrán, 1968: 7). Algunas veces un pariente salvaba la propiedad al comprarla o el representante de algún noble de la ciudad de México decidía adquirirla (*ibidem*: 8). Cuando la compra se cumplía, en ocasiones su antiguo dueño, junto con su esposa, ofrecían sus servicios como sirvientes en la misma hacienda (ANP, 1582-1650). En la mayoría de los casos se les daba un puesto como custodios, ya que los nuevos dueños vivían en la ciudad de México o en Puebla y casi nunca estaban interesados en el manejo de la hacienda. Con estos traslados la tierra pasó de manos de los caciques indígenas al poder de la iglesia o la nobleza española.

Conclusión

Cuando la versión en nahuatl del “Manuscrito de Tepeteopan” salió a la luz en 1990 y fue traducida al español, se abrió una puerta muy importante para estudiar y comprender las dinámicas políticas de la región de Tehuacán entre los siglos XV y XVI. El poder estudiar el manuscrito y correlacionar su información con otras fuentes primarias ha sido de enorme valor para esta reconstrucción histórica. Con ello ha empezado a surgir un retrato en el que podemos ver cómo las estructuras sociales prehispánicas fueron interrumpidas por la amenaza de incursiones aztecas y su posible dominio; los casi inútiles esfuerzos de los habitantes para mantener su autonomía, y la desesperación de sus jefes hereditarios, quienes carecían del poder

para evitar dichas incursiones. Quizá porque sus bases de poder se habían debilitado mucho tiempo atrás, por un largo periodo de disminución de recursos, debido posiblemente a una aguda escasez de agua. Es claro que guerras y hambrunas precedieron la llegada de los españoles y que muchos pensaron que la situación mejoraría con los nuevos jefes supremos, sólo para padecer mayores sufrimientos y ver que que sus números se reducían drásticamente con cada una de las tres terribles pandemias que azotaron las Américas durante el siglo XVI. Es evidente que la presencia española en la región antes de 1575 era muy reducida, aumentando poco después. La razón para ello es muy clara: aunque había tierra en abundancia, escaseaban los recursos principales para su explotación: agua y mano de obra.

La decisión de congregarse a las poblaciones indígenas en un solo pueblo para facilitar su gobierno fracasó rotundamente a finales del siglo XVI. Fue un grave error no haber reconocido las enemistades y antagonismos que existían entre los indios desde los días previos a la conquista, y tal negligencia impidió a los colonizadores anticipar y prevenir muchas venganzas entre unos y otros. Mucha gente optó por regresar a sus pueblos de origen o fundar alguno entre los suyos, vendiendo o abandonando los solares que habían recibido en merced, por lo que para 1600 el nuevo asentamiento de Tehuacán era poco más que un pueblo fantasma. No es de sorprenderse que, bajo estas circunstancias, gente con suficiente dinero e importancia —tanto en la corte virreinal como en la eclesiástica— compraran esas propiedades y especularan con su valor futuro, provocando un cambio en la tenencia de la tierra, que pasó de manos indígenas a españolas.

Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo
1987. “Zongolica: las marquesas de Selva Nevada y las luchas agrarias durante la colonia”, en *La palabra y el hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*, Xalapa, núm. 64, pp. 5-30.
- Archivo General de la Nación (AGN)
1551. 110, Tierras, vol. 652 (81-108).

1575. 110, Tierras, vol. 652.
- Archivo Notarial de Puebla (ANP)
1582-1640.
- Brotherston, S.
1981. “Archaeoastronomy in the New World”, en A. Aveni (ed.), *American Primitive Astronomy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Caran, S. *et al.*
1981. “A Late Paleo-Indian/Early Archaic Water Well in Mexico – Possible Oldest Water Management Feature in the New World”, en *Geoarchaeology*, vol. 11, núm. 1, pp. 1-35.
- Caso, Alfonso
1960. *Interpretación del Códice Bodley (2858)*, México, Sociedad Mexicana de Antropología.

1992. *Reyes y reinos de la mixteca: diccionario biográfico de los señores mixtecos*, México, FCE.
- Celestino Solís, E. y L. Reyes García
1992 [1387-1590]. *Anales de Tecamachalco*, México, CIESAS.
- Cruz Montalvo, Salvador
1993. *El libro de Cuentas de la Comunidad de Tehuacán (1586-1600)*, versión paleográfica de Salvador Cruz, Puebla, Ediciones Crónica de la Ciudad/UDLA.
- Durán, fray Diego
1964. *The Aztecs: The History of the Indies of New Spain*, ed. y trad. de Doris Heyden y Fernando Horcasitas, Londres, Cassell.
- Jensen, Marteen
1994. *Códice Egerton-Becker, II*, México/Graz, FCE/Akademische Druckund Verlagsanstalt (Códices Mexicanos).
- Jansen, Maarten y Gabina Aurora Pérez Jiménez
2005. “A Painted Chronicle from the Mixtec Highlands, Mexico”, Bodleian Library, Oxford University.
- Jäcklein, Klaus
1978. *Los popolocas de Tepexi (Puebla): un estudio*

etnohistórico, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag GMBH.

1991. *Un pueblo popoloca*, México, INI/Conaculta.

• León, Nicolás

1903. “Los popolocas”, conferencias del Museo Nacional.

• “Manuscrito de Acoquiaco”

1579. Junta Auxiliar de San Pedro Acoquiaco.

• “Manuscrito de Tepeteopan”

1518-1674. trad. de Sabino Carrillo Navarro y Celso A. Osorio Cabrera, Ayuntamiento Municipal de Tehuacán.

• Meade de Angulo, Mercedes

1989. *Cartografía de Tehuacán, 1519-1886*, Puebla, Gobierno del Estado de Puebla.

• Moreno, Heriberto (ed.)

1981. *Diario del viaje a la Nueva España por Francisco de Ajofrín [1765]*, México, SEP (Cien de México).

• (Motolinía), fray Toribio de Benavente

1969 [1540]. *Historia de los Indios de la Nueva España*, México, Porrúa.

• Nuttal, Zelia (ed.)

1975. *A Picture from Ancient Mexico*, Nueva York, Dover Publications.

• Paredes Colín, J.

1910. *Apuntes históricos de la ciudad de Tehuacán*, Tehuacán, Dieho Méndez e Hijo.

• Quiñónez Keber, Eloise

1993. *Codex Telleriano Remensis: Ritual Divination and History in a Pictorial Aztec Manuscript*, Austin, University of Texas Press.

• Ramírez Sorensen, Francisca

1996. “The Social, Political and Economic Structure of Zapotitlan Salinas, Puebla, Mexico, During the Late Prehispanic and Early Colonial Periods”, tesis, Austin, University of Texas.

• Restall, Mathew

1998. *Maya Conquistador*, Boston, Beacon Press.

• Reyes García, Luis

1988 [1546-1709]. *Documentos sobre tierras y señoríos en Cuauhtinacán*, México, CIESAS.

• Sociedad Mexicana de Antropología

1960. *Códice Bodley (2858)*, ed, facs., México, Sociedad Mexicana de Antropología.

• Torquemada, fray Juan de

1969 [1615]. *Monarquía Indiana*, México, Porrúa.

